



El Lope de Vega, una parábola política

Como es sabido, el incendio del Español —acogido, dicho sea de paso, con una inquietante indiferencia y no subsanado todavía— interrumpió los ensayos de "7.000 gallinas y un camello", la obra de Jesús Campos que obtuvo el Premio Lope de Vega. Estrenada al fin en el teatro Princesa, de Valencia, y presentada luego en Zaragoza, le ha llegado el momento de comparecer ante el público madrileño, cambiado el chamuscado Español por el María Guerrero, prácticamente el único teatro nacional con que en estos momentos cuenta la capital.

Campos pertenece a esa lista

de autores españoles que han escrito obra tras obra sin que los premios obtenidos ni la atención de los especialistas les abrieran el previsible camino hacia los escenarios "Nacimiento, pasión y muerte de... por ejemplo, tú" se estrenó porque el propio Campos fue, además de director, actor y escenógrafo, parte sustancial de la empresa. Su segundo estreno profesional —atrásado por una serie de circunstancias, entre las que el incendio del Español sólo fue el aparatoso colofón— se ha derivado de una exigencia finalmente ineludible: el compromiso establecido en las bases del Lope de Vega entre la Administración y la obra premiada.

Datos todos ellos que conviene tener en cuenta a la hora de contemplar la situación del teatro español y las dificultades de sus más críticos dramaturgos.

Pero, ¿por qué considerar a Jesús Campos un dramaturgo crítico? ¿Qué elementos de su pensamiento justificarían esta calificación? Y, tratándose de un autor teatral, ¿cómo se traduce esa actitud crítica en el plano de la forma dramática? ¿Qué visión —en suma— de la sociedad española es la que Jesús Campos nos propone y a través de qué signos escénicos?

Pienso yo que, muy en primer término, "7.000 gallinas y un camello" es un drama sobre la alienación de la sociedad española. El aquí y el ahora son incuestionables. Y no deja de ser asombroso —aunque, a la vez, para los más avisados, sea un lugar común— que Jesús Campos haya escrito una parábola de la moderna Historia de España tomando por base una pequeña anécdota repleta de elementos autobiográficos. Campos es almeriense, y en Almería tuvo una granja, sin duda semejante a la que aparece en el escenario; el hecho de que algunos personajes y situaciones del drama procedan de la ficción, no enturbia la relación sustancial que existe entre el autor y la atmósfera de su obra. Entre el dramaturgo y la agonía de su personaje protagonista. Los términos igualmente agónicos del dilema están representados por esos millares de gallinas y por el utópico camello. Las primeras nos remiten a un mundo productivo,

dominado por la rutina utilitaria. La gallina es símbolo de animal sometido, rentable, gregario y devorado. Condición que en la parábola de Campos se hace extensiva a los granjeros, y aun a los mismos espectadores, sumidos todos en un cuadro social de valores gallináceos, que es tanto como decir con la voluntad de venderse a cambio de tener asegurados unos puñados de maíz. Paralelamente, frente a esta realidad inmóvil surge la imagen del camello como símbolo de la salvación quimérica, del sueño que no conduce a ninguna parte. Acaba de rodarse "Lawrence de Arabia" en los desiertos de Almería, y los camellos pueden comprarse a buen precio. Con lo que venimos a conquistar el otro símbolo de la estéril disyuntiva. El camello, animal inútil en la granja, beneficiado además por la aureola cinematográfica, procedente de un lejano lugar, asomirá en la imaginación del protagonista el "cambio de vida", la "ruptura" con la realidad anterior, completándose así la destrucción del personaje y del mundo social que representa. Porque, en definitiva, las gallinas y los camellos se engendran entre sí como respuestas antagónicas de un mismo e invariable sistema.

El autor sabe muy bien —y así lo dicen los personajes— que sólo cambiando la realidad de la granja por una nueva realidad será posible salir del atolladero utilitario. Que si el protagonista es un hombre a la deriva, cuya rebeldía se traduce en actos finalmente estúpidos, es porque opone el sueño del camello —que sólo puede ser un sueño destructor y autocomplaciente— a la realidad de los valores gallináceos, sin alcanzar jamás a comprometerse en las transformaciones fecundas. Su revolución, en fin, resume los peores idealismos y nos conduce de nuevo al conflicto entre la sociedad (las gallinas) y el individuo (el camello), sin interrogarse por sus causas históricas y económicas.

En un tercer plano, el autor no deja de advertir que buena parte de la historia del refinamiento y aun del arte es apenas la historia de quienes, siendo poderosos, lograron crear con



"7.000 gallinas y un camello", de Jesús Campos.

sus camellos palacios y jardines. Sólo que si en ese caso los sueños no fueron infecundos, es porque pacientes y quizá depauperadas gallinas aportaron a la obra su sumisión, su trabajo y su miseria. Con lo que, en última instancia, el autor nos remite a la necesidad de comprometer nuestra poesía, a concebir el arte como una manifestación inseparable de nuestro entendimiento del mundo, en lugar de plantearlo como el alimento ilusorio que nos permite aceptar la condición cotidiana de gallinas.

Quizá todo esto parezca demasiado didáctico. Cárguese a mi voluntad de desentrañar el valor político de esta poética crónica de la vida española. En realidad, los planteamientos de Jesús Campos son siempre imaginativos y abiertos, combinando, como respectiva expresión de los órdenes aparentemente conflictuados, el lenguaje más rabiosamente naturalista —ante un infierno de gallinas vivas que ocupan el foro— y una serie de elementos estilizados y barrocos, ya sea la música de Vivaldi, ya sean las escalinatas que bordean el espacio de la granja.

Al final, cuando la disyuntiva ha sido planteada, un breve epílogo parece expresar la voluntad del autor —que ha sido también director y escenógrafo— de no encerrarse en ningún pesimismo. El grupo de rock Zumo, con la colaboración de Enrique Morente, al que antes hemos

visto como actor, hace un canto del futuro que promete acabar con la vieja enajenación. Pero ¿será eso, acaso, el sueño de otro camello? Yo comprendo muy bien las razones políticas de Jesús Campos para incorporar ese final —para darle a alguien la posibilidad de actuar con libertad— en este momento de la vida española. Quizá, sin embargo, en un orden dramático, incurre en el error de resolver un drama con personajes que hasta ese momento no habían aparecido vinculados a él. El tema desborda los límites de esta crítica. Urge acabar señalando el ajuste naturalista de la mayor parte del reparto —aunque quizá se pierda a veces un poco el ritmo dramático— y ratificar el interés de este Lope de Vega en el marco del teatro español de nuestros días. ■ JOSE MONLEON.